

Manuel Rodríguez Hidalgo

Sevilla 10 de Mayo de 1983

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Sevilla
Excmas. e Illmas. Personalidades
Illmo. Sr. Presidente del Consejo General de HH. y CC.
Junta Superior
Hermanos Mayores
Cofrades, Amigos
Señoras y Señores.

Sevilla, ciudad que vive apasionadamente los misterios de la Pasión y la Muerte de Cristo, se adentra con esperanzas y ansias en la grandeza del cristianismo. Sevilla anhela el gozo y la alegría de la Resurrección del Señor desde que Jesús aparece triunfal sobre una borriquita en el atrio del templo que abandona para adentrarse, entre hosannas y alegre tropa de los infantes nazarenos, al encuentro de los hombres a la conquista de una nueva redención. Sevilla consuela la Amargura de María, sus Tristezas y sus Lágrimas, comprendiendo que su semblante de Madre Dolorosa se abrirá a la más abierta y deseada Esperanza. Sevilla sabe que de la Cruz que engasta la Soledad de María nace la vida. Que sobre la corriente del Río que nos cruza, el Cachorro, el viernes santo, respira la vida. Si tiene sentido para el cristiano la tragedia del Calvario. El Gran Poder de Cristo vence a la muerte ¿dónde está, muerte, tu victoria? La Victoria es de Cristo anunciada desde el Domingo de Ramos cruzando el vergel del Parque de María Luisa. La Victoria es de la Virgen proclamada con toda su belleza en el sacramental Jueves Santo sevillano. La Victoria es de Sevilla cuando intuye en la Virgen Trinitaria, en la explanada salesiana, que la brisa suave de la madrugada algo le dice a María, que los reflejos y los sonidos que bajan del cielo, convertidos en música celestial depositada en el alegre sonar del paso de palio de la dulce Esperanza, es el preludio de la mejor noticia que se hará realidad muy pronto, cuando por el horizonte brille la radiante luz de la Aurora y las puertas lasalianas, de calle San Luis, se abran de par en par dando paso a la plasticidad grandiosa de la Resurrección de Cristo.

Hermanos, Cristo vive. Es un grito de fe cristiana que se clava en nuestros corazones. Es un clamor cofrade que exaltan ahora nuestras hermandades de gloria en la tierra de María Santísima. Si Cristo vive, que se alegre María.

Ya no habrá lágrimas en los ojos de la Virgen, ni puñal que atravesase su pecho. Su Imagen glorificada exhala por su cara una sonrisa maternal. Un halo letífico que la proclama Fuente de Luz, Pastora de las Almas, Rocío del Cielo, Auxilio de los Cristianos, Salud de los Enfermos y Reina Madre de la Alegría de Sevilla.

Qué osadía la mía aceptar lo que otros hubieran hecho mucho mejor. ¿Qué voy a decir de la Virgen que no le hayan dicho ya, en esos quince monumentos erigidos a golpes de versos y de la mejor prosa, los pregoneros que me han precedido?

Ante un humilde cuadro de preciado recuerdo que ilumina mi fe y mis creencias, también mis responsabilidades cristianas y cofrades, le rogué me reconfortara con el hálito vivificador de sus Aguas divinas; que refrescara mi ardiente deseo de cantar sus alabanzas con la nobleza de un enamorado hijo. Se lo pedí con los ojos prendados en Ella, con la voz temblorosa y henchido el corazón palpitando de gozo, por poder cantar sus alabanzas en el marco incomparable del Divino Salvador, donde cada suspiro, cada aliento, viene impregnado de Amor y de Pasión.

Porque, ¡quién sino Ella fue la que puso mi nombre en los labios de mis queridos compañeros de la Junta Superior, que conocen mis limitaciones! ¡Quién sino Ella es la que dará la elocuencia a mis palabras para expresar los fervorosos sentimientos de cariño, turbulencia de goces, de los cofrades capaces de acercarla, en un cimbreo de gloria pura, besada por los fulgores del sol o de la luna! ¡Quién sino Ella alterará el ritmo nictemeral de mi ser por tener el honor de compartir con vosotros la dicha de proclamar sus glorias, las glorias de María, la mayor y verdadera gloria que tiene Sevilla!

Gracias, presidente, por la demostración de afecto y cariño desbordados en las frases tan generosas dedicadas a mi persona en la presentación del acto. Sabe muy bien el respeto, la admiración y la gratitud que le tengo. Déjeme que aproveche la ocasión para testimoniarle mi sincero homenaje a su destacada y admirable labor durante estos ocho años al frente del Consejo General y el ejemplar servicio, la plena dedicación y el inconmensurable amor, a todas las hermandades y cofradías de nuestra ciudad.

Este pregón quiere ser un ramillete de flores frescas arrancadas de esas macetas que manos femeninas cuidan para engalanar sus balcones o terrazas, ofrendado con deliciosa delicadeza a la Virgen en la tarde templada de un domingo, cuando el paso se levanta dando prestancia a la altura impregnada de belleza y hermosura.

No sería posible para un cristiano celebrar la muerte y resurrección de Cristo sin festejar la gloria de María. ¡Mirarla aquí gloriosamente triunfante! María siempre al frente de nosotros presentándonos a su Divino Hijo, haciéndose camino de Luz brillante como una estrella. Santa María de la Luz iluminando nuestros corazones volcados para recibirla.

Aquí estoy ante vosotros confortado en mi atrevimiento por la mirada dulcísima de mi Virgen del Cuadro; alentado por tantos y tantos amigos y hermanos, cofrades enamorados de las hermandades de gloria. Aceptadme sólo con una voz prestada que proclama a los cuatro puntos cardinales de la ciudad, a la buena gente de los barrios sevillanos, que María, la mujer más pura, más humilde, más fuerte, más noble, más dulce, más hermosa, la Madre de Dios, la Reina de los Cielos y de la Tierra, el orgullo de nuestra raza, llenará de gozo nuestras calles y plazas, será paseada a hombros de nuestros hermanos costaleros, para que su gloria bendita sea el modelo de virtudes, el molde donde se modele el pueblo sevillano.

Los pregoneros sois vosotros, beneméritos cofrades, que presumís de las Glorias de María, con el constante predicar en vuestros ambientes familiares y sociales hecho sacrificio, entrega y servicio a la hermandad, hermandad humilde y frágil donde hay que buscar y hallar todo lo necesario para que a la Virgen no le falte un detalle, conservando y enriqueciendo el gran patrimonio heredado de las persona, la mayor grandeza y riqueza que tienen nuestras gloriosas corporaciones; que habéis conseguido de la belleza de las imágenes y de los cultos, la gran belleza de la sinceridad, de la unidad y del amor.

He dicho que soy sólo una voz, pero una voz que se rinde llena de admiración y de respeto por quien tiene y lleva prendada en la solapa la insignia que le distingue, y palpitando a impulsos de su pecho la medalla gloriosa de su hermandad, altar que cuelga de su cuello, testimonio de oración callada, declaración bautismal que acusa y señala como cofrade y cofrade mariano.

Una voz que defiende que los cofrades tenemos fe. Sabemos que la fe es conocer a la manera de Dios. Esa fe nos hace presente a la Santísima Virgen María aceptada por nosotros, sus hijos, como el mejor regalo de Dios. ¿De verdad agradecemos al Padre su generosidad? Ya nos dio a su Hijo como Palabra eterna, el Hijo se dio sacramentalmente la tarde única del Jueves Santo y no contento con ello, en el mayor acto de obediencia divina, casi sin fuerzas, sin aliento, pero con una desbordado amor, el amor del Sagrado Corazón de Jesús por los hombres, nos regala el mayor tesoro, lo único que le quedaba ya, su Madre.

¡Con qué filial confianza podemos acudir a Ella! María es una Madre que sabe escuchar, que sabe responder. Es nuestra Divina Enfermera, la regaladora de esperanzas nuestro Amparo y Consuelo; y lo sabemos y la queremos y le pedimos, porque es la predilecta de nuestro amor. Le elevamos la mirada, le abrimos las manos suplicantes, le cantamos, rezamos y lloramos con sólo mirar la celestial dulzura florecida en el rostro de la Virgen de Valvanera, o viendo el acelerado palpitar del Corazón de María entre la hojarasca de la arboleda que asombran los hotelitos de Heliópolis.

María es la Madre de los cristianos. El miembro más excelente y singular de la Iglesia. Ocupa la dignidad más alta, después de Dios, y a la vez el lugar más próximo a los hombres, sus hijos amantísimos. Por eso cuando vemos su imagen magnificada en su realeza, realizada en su nobleza, tenemos la seguridad que no habrá distancias protocolarias, que se acerca a nosotros, pasito a pasito, con señorío, sí, pero con la grandiosa humildad de saberse la

predilecta de nuestro amor, que tiene entre nosotros una presencia activa y que en su reino los hombres nunca serán súbditos sino fieles hijos que, con plena confianza, veneran su majestuoso imperio de Madre, Señora y Reina.

La procesión tiene un sentido de encuentro. Encuentro que se produce la tarde-noche de un domingo por las calles sevillanas iluminadas por su virginal y maternal rostro. Encuentro que se hace búsqueda sin cansancio a ermitas y santuarios, repitiendo siempre aquellos piropos que desde niño supieron ponernos en los labios nuestros padres. Oraciones que se engarzan en las cuentas del santísimo rosario, compendio de una vida gozosa, dolorosa y gloriosa. Dios te Salve María, llena eres de gracia. Ofrendas de antorchas por los senderos prendados de flores inmaculadas en homenaje a su Encarnación. Rezo del Ángelus por los campos andaluces, mientras el sol abraza la tierra entre el susurro del aire, que también se rinden en plegarias.

Rosario y Ángelus que nos muestran la vida de María, su fidelidad, su resignación, su confianza a los planes de Dios, su valentía. Ya dijimos que es el molde donde modelar nuestra vida. Tenemos que vivir como Ella, hacer nuestra su vida, imitarle, reproducir su amor, sus actitudes, sentimientos y virtudes.

Verla o soñarla como lo hizo Fray Isidoro de Sevilla. Sus ojos se nublaron ante la Divina Pastora de las almas. Nosotros la vemos como recreo y delicia de Dios, con el báculo en la mano, el airoso sombrero ribeteado de flores, alcanzando los montes y los prados de San Antonio, Santa Marina, Santa Ana y la vieja huerta de los Capuchinos entre la humildad seráfica del santo de Asís. Lleva la Pastora Divina la blancura de las nieves, el canto del ruiseñor, la belleza de las cañadas, la música del viento sobre el manantial de las aguas, y el titilar cascabelero del manso corderillo que, mirando hacia el cielo, agradece a Dios aquel sueño mariano de un humilde frailesillo.

La letanía de piropos a María es interminable. Hay una antología de decires que nacen espontáneamente del verbo poético del alma sevillana. ¿Verdad que el piropo brota sin querer en el encuentro que todas las primaveras se produce por la vieja judería, cuando ofrece los muros conventuales como paños de verónicas, para que impregnen y mantengan la belleza inenarrable de la Virgen de la Alegría? Es un encuentro que tiene vida, como vida tiene la vieja plaza de la Alfalfa, cuando pasea por ella la Virgen dulcísima de la Salud, con el divino chato de la Costanilla, arrancándole al hombre de sus resechos labios el piropo noble y altanero de una oración que se hace flor, flor hermosa de la primavera, rindiendo sus pétalos en el pebetero glorioso de su paso.

Sí, hermanos cofrades, flores que a porfía llevamos a la Virgen de las Nieves en la vieja sinagoga de Santa María La Blanca. Preciosos ramos cromáticos hechos con sincero amor, compuestos por blancas azucenas de paz, rosas encendidas de sacrificios, perfumadas violetas de humildad, claveles blancos y rojos abiertos siempre a la esperanza, que ofrecemos como niños inquietos y felices a las plantas de María Auxiliadora, cuando por Triana, la preciosa Sentaita, va más blanca que los lirios; por Nervión, más fúlgida que el sol; por San Vicente, hermosa como la amapola; en la Trinidad, dando a la calle su cara, todo se hace clamor, todo se hace plegaria, al verla tan bonita, tan galana y salesiana, venir coronada de reina por su gracia glorificada.

Santa María de Sevilla, en su peregrinar glorioso como una vecina más de nuestra ciudad, nos pide algo, ¿no lo notáis en los labios de la Imagen de la Virgen de Luz que nos está hablando? ¿No oís las mismas palabras que escuchó de labios de su Divino Hijo?: Que vuestra luz brille ante los hombres, para que viendo vuestras obras buenas, glorifiquéis al Padre que está en los cielos. Hermanos, nos lo pide dando la cara, de tú a tú, esperando la rápida respuesta de nosotros, los cofrades de sus glorias: que seamos luces que alumbren la fe en Sevilla. Así de fácil, así de sencillo, María puede decirlo porque siendo la mejor obra de Dios, es criatura de la tierra, que vivió inmersa en las realidades de esta vida: Hija, novia, esposa, madre, vecina; pasó las necesidades del ama de casa, los problemas de toda familia, las necesidades de la mujer de un jornalero, y la responsabilidad de saber, desde el principio, que el niño que juguetea en sus brazos, nada más y nada menos, es el Hijo de Dios, Emmanuel, el Mesías

Salvador del Mundo. ¡Bendita María!

No la podemos defraudar, tenemos que salir hoy de aquí convencidos y comprometidos de llevar su luz salvadora a todos los hombres de cualquier ideología y de cualquier condición. Ser capaces de transmitir, en todos los ambientes, su acción corredentora como la mejor prueba y la mayor garantía de nuestra veneración y presunción, dentro de la religiosidad y de la piedad popular.

Para ello, tenemos las hermandades y cofradías. ¿Qué significado tiene para nosotros, cofrades de las glorias de María, la solemne procesión? ¿Verdad que es un querer de la Virgen acompañarnos en nuestra responsabilidad transmisora de la fe y de las creencias como seguidores de Jesús de Nazaret? Sí, claro que sí. La Santísima Madre de Cristo, como Madre de los hombres, preside la procesión rebosando todo su amor contenido durante el año, adentrándose con sus gentes, con sus fieles, en una manifestación del pueblo de Dios en marcha; Iglesia que va al encuentro del hombre para conquistarlo usando la bandera azul y blanca de su sincera devoción, compartiendo la veneración a la Señora con quienes, sintiéndola en su propio ser, se saturan de religiosidad mariana por las calles y plazas de su barrio, emocionando los sentimientos al grito compartido de ¡al cielo con Ella! Todo se hace jubiloso encuentro, enjambre de piropos que se posa a sus purísimas plantas, aleteo de oraciones, de súplicas, de plegarias, que responden al golpe seco y profundo del llamador con un clamor al unísono que rompe la paz de las almas, sí arriba los corazones, ¡a la gloria con Ella!

Así son nuestras gloriosas corporaciones marianas. Creadas para motivar la fe. Mimadas por el pueblo creyente y fiel que las adornan con las riquezas intrínsecas de los sentimientos más nobles y leales, forjados en los talleres de los artesanos que les ofrecen sus trabajos honrados, dándoles formas a la materia para que la Virgen, en el altar que pasea por Sevilla, luzca como la piedra preciosa que brilla destellos de luz y de bondad, como cetro florido que exalta las grandezas y las excelencias que Dios hizo en Ella, que es el milagro de los milagros de la gracia y de la gloria.

Pero María no está hecha para verla, sino para sentirla, vivirla e imitarla. Tenemos que aprender de su fiat. Nuestra Señora del Sí. Vamos con ella hasta la barriada de Juan XXIII, para ver cómo se eleva su figura esperando al arcángel San Gabriel, para repetir el siempre sí de María de la Anunciación, Custodia pura que presenta al humilde y al sencillo su imagen como el Primer Sagrario del Mundo que guarda el Cuerpo y la Sangre de su Divino Hijo entre canastos de mimbres y monos azules, los nuevos pastores postrados en adoración ante el fruto bendito de su vientre.

Nunca separemos a la Virgen de Cristo. María es siempre el camino seguro que conduce a Él. Todo encuentro con Ella no puede menos que terminar en un acercamiento a Jesús.

Con qué ternura nos presenta entre sus brazos, en Ella, por Ella, y con Ella, al Niño Jesús. Qué encanto maternal, cómo arrulla al Hijo, qué presunción de aceptación, qué grácil su figura, cuánta esperanza hay en la cara bonita de la Virgen del Rosario Macareno.

Ved el Niño Juguetón en los brazos de Madre de la Luz a la que acuden ilusionadas las futuras madres sevillanas. El Divino Infante con sus manitas abiertas, actitud oferente a esas personas que dudan ante la maternidad, que anteponen la muerte al derecho que todo ser tiene a la vida. La Virgen, con su frágil mirada, nos recuerda el alumbramiento a la verdad del catolicismo. El católico debe tener una idea clara del pecado como ofensa a Dios. Hoy se exhibe y se propaga la anticoncepción, el divorcio y el aborto. El cristiano debe saber qué es incompatible con la doctrina de Cristo y con el magisterio de la Santa Madre Iglesia.

Los cofrades tenemos que ser responsables de nuestro compromiso cristiano, aceptado y confirmado, públicamente, bajo juramento poniendo la mano derecha sobre los Santos Evangelios y un beso en el Libro de Reglas. Pero no sólo nos hemos centrado en el Credo sino que también estamos decididos a defender los dogmas marianos con nuestra propia sangre, si necesario fuese.

Sevilla es mariana por excelencia y así lo proclama su heráldica. ¡Que se note nuestro amor

por María en nuestras respuestas mundanas! Si no hemos confiado a Ella, si es la Madre entrañable a la que siempre acudimos porque siempre nos escucha, actuemos como a Ella le gusta. En una sociedad que destaca por la indiferencia religiosa, aunque acepten las cofradías, nos tienen que valorar mucho más por nuestros actos y por el cumplimiento de los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Iglesia Católica.

Si los cofrades sevillanos respetan y aman el matrimonio, educan a sus hijos en la fe de los mayores, frecuentan los sacramentos, santifican las fiestas, atienden a los ancianos, exaltan el gran tesoro de la familia... ¿qué nos importarán las críticas y los reproches por el excesivo esplendor litúrgico de nuestras procesiones? Si cuando el paso se eleva, cuando el resplandor de la Virgen tiembla entre la bulla invertebrada, va quedando la estela de la caridad, del amor, de la fe, como fermento del evangelio. Cuando la procesión camina, va dejando su auténtica esencialidad en el reguero humano que, con exquisita sensibilidad cristiana, enriquece la calle con su reconocido trato fraterno.

Hermanos unidos a la Madre de Dios, en la Magdalena, silenciosa y señorial, que ve los ojos fijos en la que es Nuestra Señora y Reina del Amparo, ni el frío de la noche otoñal podrá frenar el calor del gozo que sentimos al verla caminar despacio entre las volutas del incienso, entre los sonos de una marcha, celosamente hermosa, entre las grecas retorcidas del barroco y la plateresca orla, pausadamente, recreándose en el momento, dejándose llevar entre los espíritus enamorados que le vuelcan rezos, suspiros y requiebros.

Hermanos que rebosan fronteras haciendo camino lento y largo, camino de arenas y marismas, camino de promesas, asidos al mejor folklore de la tierra, sin peyorativos, alzando la oración cantada a la Madre de Dios que será invocada entre los pinos, venerada a la luz de las candelas, admirada sobre el vado del río Quema, celebrando, en suma, con el saludo de la salve, las maravillas que Dios hizo en Ella. Ya en la Rocina los cohetes a porfía con las flautas y los tamboriles nos anuncian su celestial presencia en el paraíso que Dios creó para recreo de su Bendita Madre y del Pastorcito Divino. Vemos su cara dorada por la reflacción del sol que vierte sobre la ermita. Brotan los gritos teológicos incontenibles; se acabaron las molestias del camino, el cansancio de la espera. Corren por las mejillas las lágrimas agradecidas por las promesas cumplidas. Manan de nuestro ser todas las emociones retenidas por los días de camino. Ahora sí, que suenen las guitarras y las palmas, que luzca el cante y el baile por sevillanas. Y, cuando la maravillosa luz de la amanecida más pura, impregne la marisma de fervores, nuestras retinas frenarán la instantaneidad del momento cumbre de la visión gloriosa de la Virgen rociada y rociadera de la bendición del cielo almonteño. Los labios gritarán a los impulsos del corazón: ¡Viva la Madre de Dios! ¡Viva esa Blanca Paloma! ¡Viva la reina de las Marismas! Que reine la alegría, Dios quiere felices a los hombres y María también. Alegre está en el santuario del Espíritu Santo la Reina de Cielos y Tierra. Ahora sí gritaremos con fuerzas: ¡Viva el Pastorcito Divino! ¡Que viva la Virgen del Rocío!

Estos mismos sentimientos afloran a los cofrades de las filiales hermandades de la Virgen de la Sierra, de la Cabeza, de la Cinta, del Prado, de Montemayor, de los Ángeles y del Mar, todos compendian en un rezo, en una copla, su sentir mariano, su amor por la Santísima Virgen que, aunque estén lejos de sus pueblos, tienen en Sevilla su tesoro bendito del Cielo, su ermita alentadora del camino que alzada sobre el suelo de la vida, alienta el cansancio diario. Ellos lo saben ¿verdad hermanos? Cuando al caer la tarde os agarráis a la verja bañada de cera, de lágrimas y de plegarias y os miráis en silencio queriendo asir la Imagen devocional y pasearla todos los días sobre el trono de vuestros corazones.

Presencia activa de María en nosotros que nos predispone a tratarla con confianza, como una madre que dialoga, que nos habla, sí, que habla ¿o es que no sentimos su voz cuando luce como blasón y escudo de los vecinos de la Puerta Real? La chiquita imagen de las Mercedes recibe el homenaje de sus hijos y cómo le habla ese cofrade sencillo y ejemplar que sólo pronunciando su nombre las lágrimas afloran a sus ojos; cómo goza con la magnificencia de los cultos, con la solemnidad de la procesión, con la vivencia de los hermanos en la casa de la hermandad. Un hombre, Fernando, que vive por Ella y para Ella, que hasta deja su roto corazón a sus plantas como peana dispuesta a recibir, muy pronto, la imagen del Cristo de la Redención en cruz glorificada por la resurrección porque él y todos los hermanos de esta modélica hermandad saben, y ésta es su gloria, que la Virgen pertenece al diseño fundamental

de la vida de Cristo.

Acercarse a la recoleta capillita es contemplar la cercanía de la Virgen en la intimidad, cuando el diálogo se oye en las almas, cuando el yo intrínseco se muestra en su auténtica realidad, con sus miserias y grandezas. Es entonces cuando vemos la realidad hermosa de la Virgen; cuando se oye su voz tierna y dulce que nos conduce al deseo vehemente de imitar su fe, su confianza, su piedad, su fortaleza, su pureza. Esto se ve, se siente, se oye y se desea. Es el maravilloso pregón que vivimos ante la Bendita y Hermosa Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, Reina y Madre de la Puerta Real.

Este axioma cargado de emotividad se interpreta como el sí del hombre aprendido de María. Es un sí que se hace presente en nuestras ejemplares Hermandades de Gloria, cuando los cofrades comprenden que la importancia de su misión es llevar el Evangelio de María abierto por la página magistral de su advocación, adentrarlo por los sentidos del hombre, introducirlo por todo su ser, realizar el proyecto de la conversión al amor, que es la primera, la más urgente, la más difícil y la más prometedora, de las tareas que, todos los que nos sentimos, vivimos y nos llamamos cofrades, nos proponemos conseguir con el importante y eficaz medio que significa la procesión.

Medios por Triana, la alfarera, la inmortal, la que habla con las voces finas de sus flores y de sus aguas, la que encuentra el consuelo de sus penas en las lágrimas de la Estrella, la que espera impaciente la coronación de la guapa Esperanza, la que tiene aires marineros que amarra su nave ante el faro de su capillita del Carmen, la que guarda sus tesoros sentimentales en su hermosa Real Parroquia, auténtica Catedral trianera.

Fue una noche de convivencia de las hermandades de gloria en la Casa de Hermandad de Madre de Dios del Rosario. Antes se había celebrado la Santa Misa en la Real Parroquia de Santa Ana. En el fondo del templo, en un banco sentado, se encontraba un hombre de edad madura muy cerca de la Virgen titular de una debilitada hermandad de gloria trianera. Le invité a que nos acompañara a la grata reunión que íbamos a tener en honor de María. Sus ojos se humedecieron, su voz temblaba mientras me asía las manos cuando me respondió: yo no puedo dejar sola a mi Virgen, mire usted lo bonita que está, sólo me tiene a mí y no le falta ni una flor fresca a sus plantas, ni una luz que ilumine su cara . Le miré, le abracé y sin poder decir palabra, salí convencido de que allí, un sencillo cofrade, ni siquiera conozco su nombre, ni siquiera retengo su cara, sí su fe y su amor por Ella, pronunciaba el mejor pregón, sintetizado en trianera filosofía, ante el Altar de la Divina Pastora. Llegué a la convivencia orgulloso de los cofrades anónimos de las glorias de Sevilla.

Fue el sí de aquel cofrade de voz potente, enamorado de su Virgen, promotor de infinitas devociones que transmitió incansablemente por los barrios de su ciudad, que subió al cielo sin la dicha de haber pronunciado este Pregón de las Glorias, él que tanto cantó las glorias de la Virgen, que tantos piropos brotaron de sus labios, ¡qué emoción sintió cuando de nuevo se abrieron las puertas de San Isidoro para que Sevilla volviera a contemplar la gloria de la Virgen de la Salud! Cómo nos imbuía la pasión por María. Estando con él, con Paco Nieto, no sólo podíamos verla pasar, teníamos que ir junto a Ella, mirándola para no perdernos ni un momento la visión gloriosa de un trocito del cielo sobre el suelo maculado de la ciudad. Así son los hombres de las glorias, así son los cofrades que llegan al cielo para cantar y desarrollar delante de Ella el mejor pregón que llevan escrito en la profundidad del alma.

La Virgen que, ya hemos dicho es el Faro que vigila nuestra barca por el mar de la vida, mueve el timón oportuno cuando los vientos arrecian torciendo el buen rumbo, llevándonos peligrosamente hacia los complicados acantilados. Ella, siempre alerta, nos auxilia con las amarras del Escapulario, conduciéndonos hasta las serenas aguas de su regazo Carmelitano.

Sobre el cielo se recorta la portentosa luz que despide el resplandor de gloria de su paso, oasis en plena canícula, desbordándose por los varales de su coqueto palio, locura de amor de sus cofrades, por las viejas calles de los alrededores de Santa Catalina, derrochando sevillana, una bendición de Dios para las luminosas, perfectas, devotas y señoriales hermandades de gloria.

Luces de María que prenden en el Santo Ángel, en el Buen Suceso, pero muy especialmente

en San Gil, brillando sobre el devotísimo hermano, pregonero inagotable del Madrigal de su vida, que hora a hora, pasito a paso, lleva a su Virgen guapa, morena sevillana, en el temblor de su cansada voz, en el sonrojo de sus mejillas cargadas de humildad y de amor, en el palpitar acelerado de su pecho henchido de entrega y sacrificios, que no tiene más ojos que para mirar a su Virgen del Carmen rodeando la Macarena y llorar de alegría cuando, toda hermosa, se planta en la puerta de su casa, casa cargada de historia carmelitana, en la calle Torrijano.

¿Habéis oído repicar la campana de la Capilla del Carmen de Calatrava? Se produce una elevación del espíritu, es un himno a la alegría, es un pregón sonoro que acerca, que atrae, que nos introduce en un deseo de acercamiento a la Bendita Señora. Si ese repique se mezcla con los ecos conventuales de Santa Clara y San Clemente, entonces se siente la gloria revolotear entre los mármoles hercúleos, y entre los enhiestos árboles de la Alameda. Si a esta mezcla mística se una la ascética procesión de la Virgencita del Carmen, miremos sus ojos radiantes de felicidad, el Divino Niño parece invitarla a decir: Bienaventurados hombres de fe porque me habéis hecho camino hacia mi Hijo . Bienaventurados hijos míos que me habéis abierto vuestros corazones . Bienaventurados cofrades sevillanos que mantenéis activa mi presencia en la tierra . Los costaleros elevan el paso al cielo, suenan los sonos de una marcha procesional, es entonces cuando se rompe el silencio interior de sus fieles que le exclaman: Gracias Madre, Virgen del Carmen soberana; feliz tu pueblo que te aclama y camina con la luz, la luz hermosa, que desprende tu rostro immaculado.

¿O no hay felicidad en el Juncal cuando la Virgen rompe la quietud de las horas muertas del verano? ¿Y en Alcosa? ¿Y en el Cerro? La procesión es un culto que brota de la fe, de una fe humilde pero profunda, una fe sin complicaciones, por lo tanto, es una fe sana, pura, inocente, real. Un obispo, cuyo nombre no recuerdo, dijo: Señor, dame la fe de mi madre que no sabe teología .

Así es la fe, bendita fe, de los hombres y mujeres de nuestros barrios más lejanos. Fe que enamora, que se hace poesía, cuando miran a la Virgen de sus amores mecida por el mimo, el primor, el arte y el cariño de los vecinos. Cómo mira el barrio a su preciosa Madre de los Dolores. Rostros emocionados en la noche septembrina. Miradas de honrados trabajadores de Hytasa, de amas de casas acostumbradas a las estrecheces de un reducido jornal, de jóvenes emprendedores en conseguir una sociedad mejor, de niños juguetones, soñadores de aulas abiertas a la cultura para todos, para ricos y para pobres, para hijos de trabajadores y de parados. La Virgen recibe las miradas de todos y, por entre los varales de su paso de palio, va dejando escapar esa sonrisa tan linda que brilla en su cara de dolorosa. La Virgen de los Dolores llora por las necesidades de sus hijos, su rostro se torna en alegría cuando le demuestran con la fe sencilla, sana y noble el amor expresado por los mejores pipos, los sentidos rezos y hasta deja que una saeta se pierda en el horizonte porque sólo quiere que se le clave en el corazón de Madre, las ilusiones, los proyectos, la felicidad ardiente de la gente buena de su Cerro del Águila.

Simbiosis de hermandades, parroquias y barrios en una acción cooperante, participativa, apostólica, desarrollándose mutuamente, para lograr un acercamiento, una colaboración, un servicio, en beneficio de los humildes, de los pobres de espíritu, y de los que carecen de los recursos materiales que les cubran las necesidades más perentorias del hogar o de la dignidad humana.

Barrios que acogieron a tantos emigrados del centro, a tantos cofrades alejados de las sedes de sus hermandades, ahora vinculados muchos a la hermandad de gloria de sus nuevas residencias, donde satisfacen su vocación cristiana, que es vocación de apostolado, entre graves problemas sociales y grandes crisis de fe. Ellos elevan, entre las grandes avenidas y las moles de hierro y cemento, una oración colectiva, una oración sencilla, que se engarza con los sentimientos de los vecinos. Estos cofrades hacen de las calles templos desbordados cuando sacan a la Virgen. Por eso, no nos extraña que deseen impregnar sus barrios de ambiciones nazarenas, que sueñen con que alguna vez se rompan las aristas de las puertas, se venzan las jambas y los dinteles de los templos para que la imagen de Cristo cautivo, con la cruz a cuestas o crucificado, bendiga sus plazas y sus amplias calles, para que el barrio todo, como

un solo penitente, le acompañe, le lllore, le cante y le rece. Si así somos los cofrades de Sevilla, qué le vamos a hacer, ¡Bendito sea Dios! ¿No quiere nuestra Madre que presentemos a su Hijo al mundo?

Esto es también un sí a la Virgen no nos sorprendamos- aprendido de su magisterio, respondiendo a la responsabilidad que tenemos los cristianos cofrades, de manifestar y transmitir la fe y las creencias en todos los ambientes para que otros las vean, las sientan y las practiquen.

Barrios lejanos, tan queridos, que se unen al corazón de la ciudad en la mañana acariciada por la prestancia soberana de la Virgen de los Reyes. Hay una paz que se siente, que es pura fragancia aspirada por todos, también por los devotos que llegan desde el alcor, el aljarafe, la campiña, el condado, la sierra y el mar. El sol aún no resplandece porque espera que sea el resplandor bendito de su cara el que ilumine la plaza. Luego, sí la besará con un rayo amoroso, como un símbolo de pleitesía cortesana, del cielo y la tierra. Allí, entre la multitud silenciosa, se reproduce el milagro de su ascensión, besada por el céfiro que mueve suavemente el paso de tumbilla. No veremos a los ángeles portadores, no oiremos los cantos seráficos, porque hoy, hoy es Sevilla, son sus hijos, quienes la elevan al cielo. No habrá alas sino costales, los que llevan su Esperanza y su Alegría a todos los hombres de buena voluntad. Los costaleros sevillanos que esperan al capataz dar la orden: Al cielo con Ella y la suben gloriosa a pulso, mientras manos de cofrades, las de aquellos que fueron nuestros maestros, pedagogos en la fe y en la belleza, quienes permanecen en el recuerdo por las obras realizadas para bien de nuestras benditas corporaciones y de la iglesia diocesana, asomados a las barandillas celestiales, la sostienen con mimo y ternura. Un repique glorioso le regala la Giralda, unos requiebros afloran a nuestros labios, una salada humedad sale de nuestros ojos, unas rodillas se postran en el suelo y una plegaria se hace unánime: No nos abandones nunca que esta tierra y sus gentes te pertenecen. Eres nuestro orgullo y refugio. Eres Virgen de los Reyes, la Señora, la Soberana, la Reina Madre de Sevilla. Y la Virgen se queda entre nosotros.

Reina conquistadora a la fe de Cristo. Animadora del Santo Rey que plantó la cruz salvadora sobre la aljama mayor. Reina que nos regó con sus Aguas vivificadoras de la gracia, manando desde este templo grandioso del Divino Salvador. Reina que ejerce su regencia desde el majestuoso trono de San Ildefonso.

Sevilla se emociona con las grandezas de la historia, ve en la Virgen, en sus glorias, títulos llenos de profundidades teológicas que los hacen antífonas en los labios. Todas las generaciones la proclaman bienaventurada. Su devoción llega hasta nosotros prendida desde los balbuceos de las cántigas de Santa María, los escritos de San Bernardo y San Alfonso María de Liguori y en los perfectos versos del genial Lope de Vega. En ellos hemos crecido, descubierto su figura, cantado sus amores y pintado su imagen con los pinceles místicos de San Lucas, el mejor pintor de María.

Hemos alimentado nuestra devoción y amor por la Virgen en los documentos pontificios que proclaman sus privilegios, describen sus virtudes. Los Santos Padres nos han exhortado con insistencia que la devoción mariana no tiene semejante. Ellos han bendecido sus templos, sus congregaciones, sus congresos, sus hermandades y cofradías. Ellos nos invitan a rezar el Santo Rosario.

La Imagen de María, meditada, la convertimos en oración con el Espíritu Santo. Dios, a la vez, hace que la veamos con la fisonomía de cristianos. Es entonces cuando bebemos de su gracia, gracia que es gratuita, ni se compra ni se merece; se acoge. Es el signo y la presencia del amor gratuito que permite poder decir Padre a Dios por Cristo, hecho Niño en brazos de su Bendito Madre.

Todo ello se medita en el Arenal y en Santa Catalina; en San Vicente y en los Humeros; en el Barrio León y San Julián; en Triana y en la Macarena. Los pueblos orientales honran a los grandes personajes con coronas de rosas. Nosotros los cristianos tejemos oraciones con hilos de meditación formando una corona mística, un rosario, para la Santísima Virgen.

Dios te Salve María, un rosal de hermosura eres Tú, Madre mía. Rosario de fragancias en la

noche. Flor sin espinas, flor de las flores. Evangelio abierto por las calles de la ciudad. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, rosa mística del jardín del padre para el vergel de Sevilla, que te admira a la sombra de Santa Ana, que vierte sus versos sobre la vieja Puerta de Córdoba y sobre los muros de la primitiva catedral hispalense, o cuando pisas el mismo suelo que la primera procesión de gloria que organizó nuestro Santo Patrón, San Fernando. Santa Virgen del Rosario, que llenas de alegría la antigua alhóndiga y de gracia macarena los viejos muros del imperio romano. Reina de la Encarnación, ruega por nosotros para seguir tu ejemplo de mostrar Jesús a los demás. Esperanza en la Redención, ruega por nosotros para que cada vez seamos más fieles y servidores de nuestro prójimo. Gloria de la Resurrección, ruega por nosotros para que demos testimonio de Cristo vivo, presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Reina de los cofrades, ruega por nosotros para que siguiendo el ejemplo de tu vida, podamos provocar el asombro, la admiración, la perplejidad, a los hombres, presentándote, en una erupción radiante de hermosura, tal como lo hacen las hermandades de gloria.

Ya, con el gozo en el alma, el sentimiento subyugado de tanto saborear la religiosidad mariana de Sevilla, en esa corriente de felicidad que nos invade y nos da la alegría de vivir, nuestro corazón aún palpita alentado por el ejemplo de las vírgenes de alpargatas de esparto y túnicas de estameña, que salen a la puerta de su casa para recrearse en el Pilar donde sostienen y enriquecen su vocación de sacrificio, trabajo y oración, cócktel de sus vidas, ofrendada a la Virgen, orgullo de España, con la mirada puesta en el Divino Jesús que sonrío sabiéndolas sus cirineas. Jamás huyen de la Cruz, al contrario, se abrazan a ella como lo hizo y les mandó hacer la Beata Sor Ángela de la Cruz.

Para nosotros, este encuentro virginal, nos hace estar impacientes de Dios desde una perspectiva de solidaridad que nos trasciende de lo efímero a lo eterno. Nos sentimos por definición de fe, pueblo de Dios. Pueblo que busca en la excelsa Señora, en su imagen refulgente, la concepción más pura del amor. Y lo encuentra en la Madre del Amor Hermoso y Reina de Todos los Santos.

De nuestros labios brotan los mismos piropos de San Bernardo: Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María y como él, caemos de hinojos al pronunciarlas. La Reina brilla como el sol, pero sin cegar, no se oculta en la noche, no hay tormenta de la cubra.

Cómo gozaba Don Antonio Tineo con la solemnidad de los cultos. Cómo suenan las campanas de la parroquia, cuando sale envuelta por el incienso y el estallido de las palmas de los vecinos de la calle Ancha de la Feria y aledaños. Cómo se oye la voz infantil del Hijo repetir las estrofas del Cantar de los Cantares: Paloma mía, déjanos oír tu voz; tu voz es dulce; tu figura es hermosa; que bella eres, Madre Mía . Un barrio que se hace asceta y oye, en lo profundo de su ser, las entonaciones corales celestes que dicen: Gózate, Virgen Gloriosa. De todas la más preciosa . Lluven las oraciones y las flores de la galantería, en franca expresión del mejor homenaje a la Virgen rodeada de Santos y de una mujer que está con Ella en el cielo, que puso su voz para cantarla, para amarla su corazón, su trabajo para servirla; su familia, que no la olvida, siempre con la hermandad, siempre unida a la Virgen, sin que se note su ausencia; ofreciéndole lo mejor de sus voces; invocando su nombre; pregoneros con salmos y canciones de la Madre del Amor Hermoso.

Así es la fe desbordada. Este es el poder de la Imagen que tiene la capacidad de transmitir una respuesta a Cristo. Esta es la bandera que ondeamos a los vientos los cofrades, con alegría cristiana, que no es el bullicio de una carcajada, ni la simpleza de no tener preocupaciones y penas. Nuestra devoción, basada en la libertad y en la verdad, es algo hondo y serio; es abrirle a Dios el corazón; es vivir la fe en la esperanza y en el amor; es pregonar por todos los rincones de la ciudad que no hay mujer en toda la historia de la creación, ni antes ni después de Ella, tan celebrada, aplaudida, querida y amada como la Reina de Todos los Santos.

Estas son las manifestaciones gloriosas de nuestra ciudad, que no están cimentadas sobre un sentimentalismo estéril vacío de credulidad. Una proyección conservadora y transmisora que jamás encaja dentro de una tradición rutinaria. Ahí no perdemos el tiempo los cofrades. Hemos dicho esta noche, y creo que lo hemos vivido, que el culto brota de la fe, se enriquece con la Palabra de Dios, se alimenta con los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, la común

unión de todos los cristianos. Por eso el culto enamora. Por eso lo hacemos público y participativo.

Sevilla se cubre durante todo el año de imágenes, de monumentos, de retablos. El nombre de María llena de sus barrios de advocaciones que la hacen más cercana. Su nombre es recibido con aplauso porque todos sabemos de norte a sur, de este a occidente, que hubo y habrá mujeres que la superen por su rango social, por sus influencias, por sus riquezas y por su cultura. Pero, en cuanto que es la Madre de Dios, está por encima de toda criatura humana y angélica por ser Reina de la humanidad, de los ángeles y de los santos. Ello es lo que nos mueve y nos motiva a ponerle, sobre el altar procesional, los atributos que por derecho de conquista le pertenecen.

María estaba orgullosa de ser la Madre de Dios; tenía conciencia de su grandeza, de su dignidad, de su inmaculada concepción. Sevilla lo sabe y se lo reconoce el gran día en que el Padre la hizo Pura y Limpia. Canta a los pies del monumento su devoción inmaculista y en la serena placidez de la recoleta capilla del Arco del postigo, con la luz sobrenatural que sale de su rostro, ve emocionada, como Dios se recrea en tan celestial belleza.

Hemos estado esta noche junto a Santa María, Reina de Sevilla. La hemos alabado y exaltado en la plenitud de su gloria. Hemos aprendido que la Virgen se hace realidad en nuestra vida transformándola en receptora de la doctrina de Jesús. Ella tiene que permanecer dentro de nosotros igual que está todo el año en la hermandad para guiarnos y ayudarnos.

Este ha sido el homenaje que le hemos rendido esta noche los cofrades de sus glorias. La hemos llenado Reina, dejémonos gobernar por Ella. La hemos llamado Madre, depositemos en su regazo todo el cariño filial que le profesamos. Nos proclamamos sus hijos, levantemos la antorcha prendida del fuego de su corazón e iluminemos nuestra sociedad con la luz de la verdad, de la justicia, de la honestidad, de la benevolencia, de la comprensión, de la amabilidad, de la tolerancia, de la generosidad.

Virgen de la Luz, astro que transforma la noche de la humanidad, proyecta tu resplandor en tus cofrades para que, siempre contigo, preparemos el camino que llega a tu Hijo. Convierte nuestra vida en un sendero de esperanza que venza las dificultades del camino haciéndolo remanso de paz. Que sigamos, persuasivamente, expresando la verdadera piedad de esta tierra mariana, defendiendo sus gloriosas tradiciones asistidos de tu presencia, que es una presencia activa.

Que así sea.